

FRANCISCO MORA ALONSO

LA LEYENDA DE KERNIVAL TOWN



MASCARÓN
DE PROA

Prólogo

Ávido lector, esta narración que apenas empieza, embellecida e impregnada en un flujo atemporal, posee un ritmo claroscuro que culmina en un corolario donde resplandecen las páginas cronológicas de Kernival Town. Entre estos lomos lujosos y aterciopelados —que sujetas entre las manos— respiran palabras y tonos de emoción y realismo, como un reflejo de lo cotidiano y lo extraordinario, de todo lo ocurrido en un tiempo pretérito. He procurado reproducir fielmente todas las circunstancias acaecidas, y así doy fe de que la caligrafía impresa comprende cuanto sucedió.

Empezaré por presentarme. Me llamo Anthony Green Holmes y soy el cronista de Kernival Town. Tengo cuarenta y siete años y redacto esta historia para no olvidarla; es mi particular redención por un asesinato que cometí en defensa propia, y también una manera de reconstruir un fragmento

ínfimo de existencia que engloba todo un mundo de ficción verídica. Como buen observador e investigador, alumbro y construyo horizontes que mañana serán palabras o cenizas entregadas al azar, pequeñas volutas grises danzando en el viento que acariciarán rostros llenos de sonrisas y juventud.

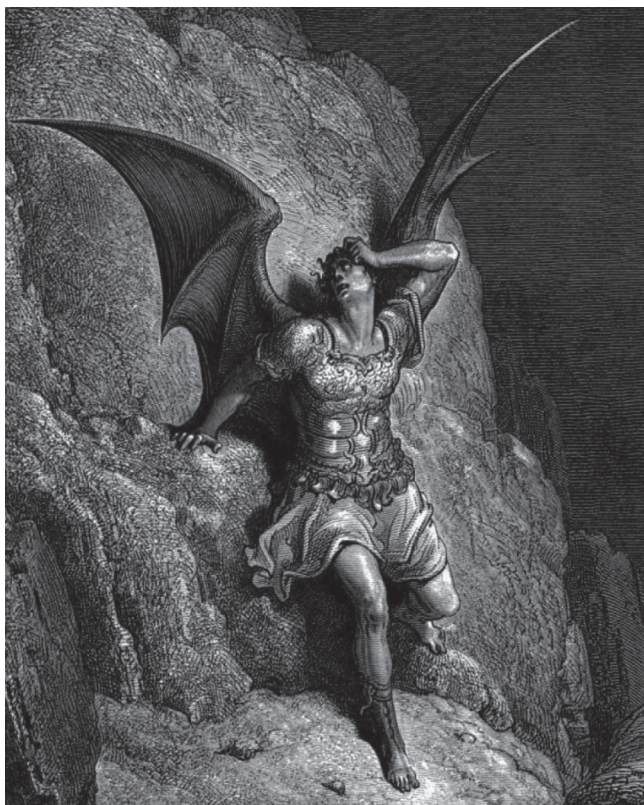
Me gustaría pensar que lo escrito desde el corazón late en espirales de emoción durante eones, como un himno por nuestra amada Kernival Town, como vísperas de resplandores reflejados en las pupilas del futuro lector u orador. Si por un momento puedo rescatar infancias inmortales, no hay reloj que marque mejor la hora triunfal. El amor o el misterio nos acompañan desde el día que nacemos, incluso quizá mucho antes. Y en esta historia que apenas empieza, vas a mirar cara a cara a la cicatriz y al amor, al silencio y al terror.

Llevamos sobre los hombros los sueños de múltiples generaciones y el amor incondicional de cuantos nos han querido. También los reflejos atávicos de tradiciones que nos circundan en sigilo y nos proyectan como meras ilusiones sobre un espacio-tiempo lleno de incógnitas fascinantes y aterradoras.

Abracémonos, bajo el influjo de esta historia y narración que sutilmente aspira a conquistar miradas, que viaja con el asesino, que indaga con el

policía, preludio de una entidad de medianoche que recorre lugares no comunes... mientras una sombra inaudita se desliza por las calles adoquinadas de Kernival Town... te mira a los ojos... entornando el párpado izquierdo para asombro de propios y extraños.

ACTO I



Diario Personal

«El tragaluz de la celda en la que habito es circular y está forjado a hierro con meticulosidad y artesanía. Detrás de toda creación palpita una mente divergente desplegando mapas alternativos, donde emergen mundos extraordinarios e invisibles para una mayoría de mentes adormecidas, o para corazones automatizados por estos tiempos oscuros y decadentes.

Mi identidad carece de importancia y responde a las siglas A. G. H. Nací en Spiral City, una región perdida en los confines del mundo, donde la civilización apenas ha llegado o explorado; ahora estoy en otra dimensión. Fui un niño feliz y tuve una familia bondadosa que supo darme valores humanistas que hoy no están de moda. En estos tiempos todo es miseria y hambruna, y estamos embarcados en un mundo que permanece a la deriva hasta que las aguas del tiempo y del espacio lo devoren para alojarlo en el fondo del mar y de la memoria.

Si somos carne y huesos y alma, si todo está corrompido hasta extremos insospechados, solo queda crecer hacia dentro. La salvaguarda última reside en lo más profundo de nosotros: esa voz que dialoga con uno mismo todos los días, esa alma que es energía de eternidad posee un aliento inmortal y sueños líquidos navegables a conciencia

abierta. El silencio embriagador que nos rodea cuando el soliloquio interior habla y reflexiona, actúa de burbuja de protección frente a la inmundicia exterior.

Recuerdo ser niño y amar con todas mis fuerzas a todos cuantos me rodeaban, sin miedo y sin pensamiento crítico, pura bondad e instinto. Luego los años te endurecen, el amor y el desamor en un mismo lazo, te elevan y te engalanan por momentos o quizá durante años para luego soltarte o liberarte. Nunca sabe uno si lo que sucede, conviene; pero la distancia y el tiempo, todo lo corroboran. La sabiduría y el misterio están ahí para que te acerques a ellos. Cada vida propia vive a su manera, pero la cultura y el conocimiento son ese abrigo contra el frío de la vida salvaje e impersonal, vacía y destructiva que ha llevado el hombre durante su historia. Ahora, en estos tiempos actuales, te asesinan o te encarcelan con sutilezas económicas, laborales, sociales y de toda índole; ansían tu libertad y tu destrucción.

Quizá el amor de una madre o de un padre o un amor verdadero de pareja, te puedan salvar de la podredumbre generalizada.

Y paso mis horas entre escasos metros cuadrados, deambulando mentalmente, mientras ejercito este cuerpo envejecido y pasivo intentando rescatar a mi espíritu de esta agonía enfermiza que es la ausencia de libertad (de mi vida anterior). Mis compañeros de prisión son auténticos zombis vivientes, salvo Rick y Donovan, cuyas miradas siguen brillando de esperanza. Apenas nos dejan

salir al patio exterior de la Prisión Kernival una hora al día, donde la luz solar nos ciega por momentos cada vez que pisamos terreno al aire libre, con el anhelo de respirar vida real.

El alcaide Buxton ejerce sus funciones de gran guardián de los indeseados —entre los que me encuentro—, con determinación infrahumana y desprecio absoluto a todo cuanto le rodea. Si fuera por él, Kernival ardería hasta sus cimientos y extendería sus dominios dictatoriales más allá de las fronteras hasta ver el alma destrozada de cada prisionero bajo sus pies. Dicen que demasiadas cabezas ya han rodado por culpa de su ego desmedido y cruel. Su deseo último siempre ha sido el exterminio de toda competencia profesional y los hechos acaecidos, lo demuestran.

Un párroco venido de algún pueblo cercano a Kernival suele hacer acto de presencia cuando hay alguna ejecución programada y el reo condenado a muerte pide como última súplica morir en compañía de un hombre de Dios. Cada alma late y reza a su modo por una salvación que excede el cuerpo y se sitúa donde las energías invisibles permanecen y se transforman. Tiempo atrás, el reo condenado era Green, un joven de apenas treinta años de edad que emocionado y desesperado ante los últimos instantes de su vida oró durante incontables horas e incluso levitó ante la mirada atónita del padre Vincent Albin.

La presencia de varios vigilantes alrededor de la celda 9184 correspondiente al reo A. Green (este cronista que

les narra) aseguraban a ver presenciado llenos de misterio y extrañeza, el insólito suceso y la extraña aparición etérea. Ante las declaraciones vehementes de los citados guardias, el funcionario de prisión anotó la incidencia en su diario y comunicó la misma a dirección.

El revuelo entre el funcionariado de la prisión de Kernival se extendía como un incendio incontrolado y el cortafuego llegó cuando el Alcaide ordenó hacer caso omiso a las extravagantes opiniones escuchadas. A los pocos días, el rumor decreció y la normalidad imperó en la fortaleza carcelaria. Tan solo el susurro nocturno de algún preso traía a colación ese episodio tan singular, pero unas largas jornadas en celdas de aislamiento o una buena paliza hacían olvidar por automatismo la escena mística de cualquier mente.

La ejecución del reo A. Green se llevó a cabo a las siete de la mañana del lunes como así había ordenado el Juez Garrett. El método empleado fue una inyección letal compuesta por diversos fármacos. Estos producen una hipnosis anestésica: pérdida de conciencia, supresión de los sentidos, parálisis respiratoria y paro cardíaco. En apenas escasos minutos el cuerpo de Green dejó de respirar y el forense de la prisión dictaminó el fallecimiento, pero lejos de ser toda la verdad, la realidad que conocemos es solamente una porción de ella.

Una vez el protocolo de la ejecución había llegado a su término, varios enfermeros depositaron el cadáver del reo fallecido en una sala subterránea ubicada en un

pabellón anexo a la cárcel de Kernival. El forense, Arthur Mellou, realizó una llamada telefónica y en un lapso breve de tiempo, un hombre alto y enigmático vestido de forma elegante con un traje negro de marca accedió a la sala portando una enigmática máquina. El susodicho aparataje consistía en varios componentes electrónicos y una pantalla.

Después de disponer todos los ajustes mecánicos y científicos del denominado espectrovisor, dio inicio la prueba. Durante unos segundos que parecían eones, una constelación de energías sutiles navegaban por el espacio del recinto subterráneo ante los ojos de los presentes. Tanto el forense como su enigmático acompañante permanecieron absortos ante un suceso poco común, o mejor dicho, poco estudiado. Un material energético inclasificable —el alma del reo Green permanecía más allá del tiempo y el espacio—, un ente con vida propia, ondulante, cambiante. Los registros analizados por el secretísimo artilugio daban buena fe de que la vida y la muerte están interconectadas. Sé que esta afirmación es polémica y subjetiva, pero las evidencias de la ciencia lo demuestran. La tumba de A. Green oficialmente fue profanada, lo que reveló la ausencia del cuerpo.

Aún hoy, en la actualidad, poco o casi nada sabemos de la vida. Quizá del cuerpo humano bastante, pero de lo intangible y del cosmos, lecciones enteras están por desplegarse ante nosotros. La oficialidad de los acontecimientos cotidianos en la historia del hombre no se corresponde con una realidad verídica. A veces, en la sombra,

algunos elegidos intentan construir el mapa filosófico de la existencia.

Los días sucesivos a la desaparición del reo Green transcurrieron sin ningún sobresalto reseñable, salvo una pelea entre dos prisioneros asiáticos cuyas consecuencias fueron una temporada en celdas de aislamiento. A su regreso a las celdas comunes, sus cuerpos raquíticos apenas eran un conjunto de huesos y carne de espanto. Pero todo cambió una noche invernal de relámpagos y lluvia torrencial. El pabellón principal de Kernival era un cementerio de silencio, la mayoría de prisioneros dormían o maldormían cuando una especie de levísima bruma o sustancia blanquecina se paseaba por todo el perímetro exterior de la fortaleza carcelaria. Al parecer, nadie de la vigilancia nocturna atisbó el fenómeno extraño, y paulatinamente el ente o bruma carente de color se internó en las instalaciones y deambuló por todo el recinto. Desde mi celda, la 9184, pude ver con claridad meridiana rostros conocidos de mi antigua existencia en prisión, pero ahora mi cuerpo tenía una forma etérea de rasgos y fisionomía diferente al resto de mis antiguos compañeros de prisión. Sin duda, como me confesó el joven Green (o mejor dicho, me confesaba a mí mismo tiempo atrás), se había salido con la suya. El revuelo entre algunos de los condenados levantó una avalancha de gritos y voces desesperadas, pero la respuesta contundente de los funcionarios de prisión fue un desfile de reos en el patio exterior de la penitenciaría de Kernival. Todo el pelotón presidiario en carrera continua daba vueltas y más vueltas bajo la lluvia y el barro hasta el amanecer.

Yo sigo escribiendo en mi diario personal todos los días, con disciplina y constancia; estas páginas son una muestra de ello. El mencionado fenómeno extrasensorial tan singular ocurrido tiempo atrás, esa transmigración del alma hacia el todo, tiene un capítulo especial en mi vida en la cárcel y supuso el inicio de una leyenda que narra visiones insólitas.»

A. G. H.

LA LEYENDA DE KERNIVAL TOWN

Los gritos ahogados provenían del corredor sumergido entre las sombras. La mayoría de los reclusos estaban ya habituados a escuchar esos sonidos extraños y nocturnos, pero ninguno de ellos podía exponer con claridad una explicación coherente o plausible. Las celdas del mencionado corredor permanecían vacías desde tiempos pretéritos y la opinión o rumor entre la población carcelaria era que allí habitaban *entes*.

Quizás, lector, nunca hayas oído hablar de los *entes*, o quizá sí, y posiblemente te suene a chaladuras de loco o de viejo pero la realidad se extiende más allá de donde alcanzan nuestros limitados sentidos. No es necesario creer en entidades etéreas —ellas existen igualmente y seguramente nunca te encuentres a ninguna—, pero avisado estás. En un artículo de la sección de sucesos de un extinto periódico de Spiral City, el *Journal Post*, recuerdo haber leído la noticia de una fuga o transmigración

de un reo de aquella época, llamado Daniel Rune. Según relataba el cronista o periodista que firmaba el susodicho artículo, uno de los presos más peligrosos de Kernival había desaparecido de un día para otro, sin dejar rastro alguno. El caso se investigó y hubo un interrogatorio masivo a presos y personal funcionario de la prisión pero nada en claro se pudo sacar al respecto. Tan solo había un hecho probado: Daniel Rune había desaparecido.

¿Crees en la transmigración o en la magia?; quizás alguna vez lo has meditado en profundidad. Dicen que existen prácticas ocultas como la *Wicca*, o la que practicaban los sacerdotes zoroastrianos persas. En la Edad Media hubo una persecución masiva de caza de brujas y con el devenir de los tiempos, ciertas figuras relevantes ocultistas han tenido su momento de gloria. Para algunas personas se trata de una conexión entre cuerpo y alma, una fuerza espiritual que trasciende toda realidad. Para otros, simplemente se trata de trucos y mecanismos, de crear un ilusionismo o escapismo para distraer o engañar a nuestras rudimentarias mentes.

En un papiro del antiguo Egipto se conserva la descripción de un conjuro realizado por el mago Djedi, seguramente el primer mago de la historia de la humanidad que llegó a asombrar al mismísimo Rey Keops mediante sus habilidades mágicas, entre ellas decapitar aves y luego resucitarlas.

Los *entes* o *apariciones* son ¿la prueba evidente? de que existe un desligamiento entre múltiples planos existenciales donde la verdad palpita siendo un cuerpo abstracto, y los *destellos* o *apariciones* inexplicables paradójicamente nos muestran *evidencias mágicas*.

En ciertas ocasiones especiales, durante los primeros tiempos de la inauguración de la prisión Kernival, el joven párroco, Uriel Gregory, celebraba misa para la población carcelaria y en su discurso evangelizador siempre había palabras que invitaban a la reflexión, donde la religión y la magia se abrazan en el misterio de la creación, pues ambas abrigan la fe del que reza por un poder superior.

Una oleada de sucesos sanguinarios tuvieron lugar a raíz de la desaparición del preso A. Green. La policía del condado desplegó un dispositivo de búsqueda y captura: rastrearon ríos, pantanos, zonas montañosas y núcleos poblacionales, pero sin un resultado positivo. Apenas una semana después del paradero desconocido del reo fugado, un cuerpo sin vida fue hallado en el cobertizo del granero de la familia Logan. El cuerpo degollado de la viuda de Rick Logan permanecía inerte entre paja desperdigada y tierra polvorienta en una disposición antinatural. El recinto fue acordonado por la policía y solamente la policía científica y el forense de turno pudieron tener acceso visual a las aberrantes deformaciones que presentaba el cuerpo

de la víctima. A tenor de los objetos recabados y analizados por el Departamento de la Policía, un ritual de índole ocultista se había llevado a cabo. La droga encontrada en el organismo de la fallecida y los símbolos extraños dibujados en un viejo pergamino junto a un manuscrito robusto encuadernado en piel de animal y repleto de conjuros extraños y pronósticos indescriptibles, pusieron al Jefe de Policía, Nicholas Lighton, tras los primeros indicios de lo intangible.

El transcurrir de los días trajo cierta normalidad a la población y el dispositivo policial se amplió a otras poblaciones colindantes. Se estableció una recompensa de diez mil ignos para quien pudiera ofrecer una pista fiable del paradero de A. Green. La presión mediática ejercida sobre Kernival se fue diluyendo progresivamente ante la falta de novedades y la opacidad de la policía.

El cuerpo de Jessica Logan fue retirado de la escena del crimen y llevado a la morgue del condado de Kernival, donde el forense Thomas Higde le practicó una autopsia. El cuerpo de la víctima no presentaba síntomas de haber sufrido una agresión externa, más bien las lesiones que presentaba habían sido infligidas por la propia víctima bajo algún efecto alucinógeno o conjuro maligno. El cuerpo sin vida se mantenía a unas temperaturas bajas, entre los -10 °C y los -50 °C, para ralentizar su descomposición.

La familia pudo identificar a la fallecida y darle una sepultura en el antiguo cementerio de Durk, ubicado a las afueras del condado de Kernival. Numerosas personas entre familiares y conocidos dieron una despedida a la honorable anciana. Jessica había sido una abnegada ama de casa y ganadera dedicada en cuerpo y alma a su marido Rick Logan y a sus tres hijas, Helena, Rebeca e Iga.

La vida de los Logan ante la ausencia de la figura materna cambió y había sumido a todos sus miembros en un recogimiento extremo. Apenas hacían vida social y tan solo se les veía afanados en las tareas laborales en su rancho Logan Creek llevando a buen puerto la cría, tratamiento y reproducción de ganado vacuno y ovino. La mejor prueba de ello eran los productos de calidad que salían de su granja, entre ellos leche, queso o yogur. Estaban considerados los mejores de todo el condado. Se podría decir que la buena salud de la población de Kernival se basaba en los productos básicos del rancho Logan Creek.

Las hijas mayores del matrimonio Logan, Helena y Rebeca, estaban casadas con dos hermanos de origen irlandés, quienes también trabajaban en el negocio ganadero. Eran unos tipos rudos pero en el trato cercano se ganaban la confianza de quienes trataban con ellos. La más joven de las hermanas, Iga, aún era una adolescente risueña y soñadora que apenas comenzaba a interesarse por los chicos.

Una noche de invierno, la adolescente despertó de súbito, sudorosa y llena de espanto. Una ensoñación feérica había trastocado su descanso y una *presencia blanquecina* con rostro de hombre había hecho acto de presencia a sus pies. Iga dudaba si el encuentro con el *ente* había transcurrido en sueños o en vigilia, o si se trataba de una visión perteneciente a una realidad dislocada, pero de lo que no dudaba era de que había sido un hecho vívido y espantoso.

En la mente de Iga parpadeaba de forma habitual ese *rostro intangible* que la visitaba en ciertas ocasiones, siempre bajo el velo de los sueños. Por temor a que fuera la burla y motivo de reprimendas por parte de sus hermanas y familiares, decidió no comentar esas *visiones etéreas*. Pero algo en claro había sacado: el rostro del visitante era el fiel reflejo del preso fugado, A. Green. Eso la ponía en la tesitura de informar a la policía, ya que se trataba de un individuo peligroso en libertad, una amenaza para todo ciudadano, o tal vez tomar la decisión de no declarar por temor a que la policía lo tomase como una broma de mal gusto.

Unos meses más tarde se celebró el cumpleaños de una amiga de la infancia de Iga, de nombre bautismal Norberta Goowing, hija de un acaudalado terrateniente que tenía tierras repartidas por varios condados colindantes a Kernival. La fiesta tuvo lugar en la mansión de la familia Goowing. Una

gran extensión de maizales y huertos circundaba la vivienda en cuya fachada interior se había desplegado un escenario lleno de globos, pasteles, bizcochos, dulces caseros y confeti mientras un variopinto grupo de músicos amenizaba la celebración por el décimo octavo cumpleaños de la anfitriona. Entre los numerosos invitados estaba Iga Logan, quien bailaba con un educado y guapo muchacho. La comida había consistido en una exquisita sopa de pescado para a continuación servir un pavo hervido frío con mayonesa y pasteles de carne picada. Como postre, *trifles* empapados en jerez.

La velada transcurría cargada de sensualidad y camaradería. Los primeros besos furtivos entre algunas parejas de jóvenes surgían de forma apasionada ante la mirada vigilante de los anfitriones: el matrimonio Goowing y diversas amistades afines. El momento más emotivo de la tarde llegó cuando una majestuosa tarta Bakewell hizo acto de presencia en el salón principal de la residencia, flanqueada por dos camareros que empujaban con sutileza la plataforma con ruedas que sostenía la reliquia de repostería. Después de soplar las dieciocho velas que adornaban la mencionada tarta, una ovación estruendosa de vítores y palmas conquistó la atmósfera e inundó de felicidad y alegría los rostros de todos los presentes, en especial el de Norberta. Por su parte, Iga disfrutaba del cumpleaños como la que más y parecía estar enamorándose de

ese joven apuesto y buen bailarín que había tenido el gusto de bailar con ella mientras en su mente y en su corazón se dibujaba un nombre: Conrad.

Los últimos acordes de piano anunciaban el cierre de la celebración mientras un cúmulo de nubes iba conquistando fragmentos de un cielo anaranjado oscuro. La algarabía de voces a la salida dibujaba despedidas emotivas y agradecimientos por lo disfrutado y compartido mientras varias berlinas flanqueaban la fuente principal ubicada a escasos metros de la fachada principal de la mansión Goowing. En apenas unos minutos, una hilera de carruajes enfiló el camino empedrado principal, un recuerdo que quedó grabado en la memoria de Norberta.